

# Comentario

Adolfo Prieto

Permítanme recordar la circunstancia que dio origen al proyecto de este libro o que, al menos, pareció ofrecerse como disparador de sus posibilidades. Hace ya algunos años, esa circunstancia fue la del encuentro azaroso con un ejemplar del *Diario* de Darwin y la de una lectura postergada en una larga lista de lecturas postergadas. Decir que quedé atrapado por el relato del célebre naturalista no aportará novedad alguna a cualquiera que haya recorrido sus páginas, pero puedo agregar que en mi caso, entre tantos estímulos de su lectura, me sorprendió encontrar las señales de un sistema de citas que remitía, de alguna manera, al utilizado por Sarmiento en diversos pasajes del *Facundo*. Darwin citaba, previsiblemente, a Humboldt, el iniciador y el mentor de la moderna literatura de viajes, pero citaba también a Head, el viajero que pocos años antes recorriera el mismo territorio que él ahora recorría. Sólo que lo hacía no sólo para verificar la exactitud o la pertinencia de la información aportada en el relato, como lo establecía la práctica tradicional del género, sino para confrontar también, de acuerdo con la lección asimilada de la lectura de Humboldt, el tipo de percepción, el grado de sensibilidad con que registraba las revelaciones del espacio físico. Sarmiento hacía suya la cita reverencial de Humboldt y enfatizaba

las de Head y la de Andrews, otro de los viajeros ingleses contemporáneos, como un anticipo valorativo del espacio físico que aún debía conocer.

Desde luego, la presencia de estos viajeros en el *Facundo*, y la relevancia de otros ajenos a la redacción del alegato de Sarmiento, estaban ya suficientemente acotadas en algunos estudios de crítica y de historia literaria. Pero estos registros, incompletos y fragmentarios, dejaban inconclusa, por una parte, la perspectiva abierta desde el texto de Darwin: la de la existencia y el comportamiento intertextual de una constelación de relatos concernidos por el mismo marco geográfico y el mismo segmento temporal. Por otra, no interrogaban la posibilidad de encontrar parecido comportamiento en un sector de la naciente literatura argentina –Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Mármol– con respecto al texto de Sarmiento.

Quiso también el azar que el diseño de estas hipótesis de trabajo coincidiera con el de mi etapa final en la docencia universitaria. El diseño pudo pasar así a las vías de desarrollo sin propósitos académicos particulares, sin interferencia de los marcadores habituales de competencia y actualización profesional: el artículo, el simposium, la ponencia, el libro, y las urgencias derivadas de las usinas proveedoras del debate teórico de turno. Pude dispo-

ner, entonces, de un espacio de maniobra considerable, y de un tiempo que me permitió localizar, obtener y examinar el conjunto de textos en el que las hipótesis de trabajo podían ser plausiblemente verificadas. En este proceso, lecturas inútiles fueron compensadas con hallazgos inesperados; ideas que parecían brillantes, refutadas por datos sin apelación; afirmaciones fundadas, seguidas por saltos especulativos. Y en su avance, este proceso se pareció de más en más a una suerte de ceremonia privada. A la respuesta, admitidamente placentera, a un desafío en el que las indicaciones oblicuas, las notas de pie de página, el orden de las citas valían como los signos de un código de circulación interno.

Evoco, abusivamente acaso, estos climas y estas modalidades de trabajo para explicar mejor la sorpresa, rayana en el asombro, que me producen ahora los comentarios de los profesores Silvestri, Gramuglio y Aliata a mi ensayo sobre los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. Porque estos comentarios, más allá de sus excelentes observaciones generales, han penetrado en los

que yo creía mi código de circulación interno, han puesto a prueba sus presunciones y han enriquecido notablemente los alcances del proyecto con la indicación de sus desarrollos potenciales, con el descubrimiento de omisiones capciosas en la aparente ingenuidad de los relatos de viaje, con el señalamiento preciso de la apropiación política de la idea y del sentimiento del paisaje, con la ponderación de los usos del discurso literario, con la indicación de las fuentes de afinidades y de rechazos en la constitución del tejido textual examinado.

De estos comentarios surge, sin duda, un perfil de análisis más amplio y promisorio de aquel que ofrece el ensayo comentado y que desarticula, de hecho, cualquier tentativa de mi parte de intervenir ahora con nuevas apreciaciones.

Me quedo con la sorpresa de este encuentro, con el estímulo de sus inteligentes contribuciones, con la certeza de que debo a mis colegas mucho más de lo que suponen la generosa atención y el tiempo dedicados a la lectura de mi trabajo. □